CUANDO, en nombre de la Academia Potosina de Ciencias y Artes, don Jesús Silva Herzog tuvo la amabilidad de invitarme a participar en esta ceremonia,* me parece que no se dió cabalmente cuenta de la honda satisfacción que sus palabras iban a producirme.

Siempre he visto en el profesor Silva Herzog a un sincero adalid de las causas mejores de nuestro México. Su perseverancia al frente de esa empresa de conocimiento continental que él titula modestamente "Cuadernos Americanos" responde al apremio de una de aquellas causas: la que ha hecho comprender a muchos espíritus del país que México no constituye una isla sentimental y que su porvenir no puede desvincularse, en manera alguna, del porvenir de la libertad y la dignidad del hombre sobre estas tierras que, no por jactancia histórica o por sumisa afición verbal, sino con plena conciencia de nuestras responsabilidades políticas y morales, llamamos el Nuevo Mundo.

Por otra parte, la atención que tanto los miembros de la Academia Potosina de Ciencias y Artes como las autoridades de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí conceden a la vida de su provincia y el celo que ponen en cuanto hacen por definir el perfil de México son testimonios de una inquietud en que los acompaño amistosamente. Y digo que los acompaño en tal inquietud porque la idea que se tiene de nuestra Patria en el extranjero, la calidad de su presencia internacional, se hallan en armonía con lo que otorga a semejante presencia su rango justo: la noción de lo que México ha sido, de lo que es y de lo que se empeña fervientemente en llegar a ser.

En todo ello (pasado, presente y futuro del mexicano) conviene no olvidar nunca la organización federal de nuestra nación. En nuestra historia, como en nuestra cultura, cada Estado tiene una misión solidaria, propia siempre y característica pero indisoluble siempre, también, de la obra de los demás. En el preámbulo del pequeño volumen publicado por la Universidad de San Luis Potosí para dar noticia de los "cursos de invierno" de 1951, leo estas líneas claras y convincentes: "Robustecer la cultura en la provincia mexicana es contribuir a la construcción definitiva de México; porque hay que tener presente que para que un territorio sea nación, es menester que existan, con apoyo en una cierta analogía cultural y parecido nivel económico, lazos de simpatía, de solidaridad y comunidad de intereses entre todos los habitantes". Y me detengo, con especial agrado, en la siguiente frase: "No negamos nuestra ambición: queremos servir en el campo de la cultura a la provincia mexicana, queremos ser factores afirmativos en el progreso de la patria chica y de la patria grande".

Coincido en todo con tan franca declaración. Nuestros héroes han tejido, con los laureles de cada región de México, la corona cívica inmarcesible. Lo propio han hecho nuestros poetas, como el veracruzano Díaz Mirón, el jalisciense González Martínez, el capitalino Gutiérrez Nájera, el zacatecano López Velarde y —entre tantos que la voz no menciona

LA PROVINCIA YACIMIENTO DE CULTURA

Por Jaime TORRES BODET

aquí, pero que la memoria respeta y quiere— aquel soberano escritor que amó, padeció y vivió entre los horizontes de vuestro hermoso Estado; el que legó a las letras hispánicas algunos de los sonetos más encendidos y puros de nuestra lengua; el que, al labrar los endecasílabos de su idilio, demostró cómo podía latir el frenesí del romanticismo bajo el mármol impassible de la más encendrada belleza clásica; el que oyó lo que dicen las cosas de la noche; el que orquestó el himno de nuestros bosques; en suma, el que, oprimido por todas las pasiones y "bajo el peso de todos los olvidos", supo dar a la lira de Virgilio el estremecimiento de Baudelaire.

He citado el caso de Othón porque, en esta ciudad, ningún otro podría incitarnos a enaltecer de manera más vigorosa, dentro de la unidad cultural de México, el valor de nuestras provincias. ¿Qué obra más mexicana y universal que su excelsa obra? ¿Quién ha dicho más, en tan pocas frases acerca del misterio de nuestros campos, con sus lejanías cerúleas (oración y lágrima y suspiro), los calientes hálitos de sus siestas, el sepia de las rocas de sus desiertos y esas lianas —no de un cuerpo no más, sino de un mundo— atadas al torso indómito "con una gran palpitación de vida"? Y quién reveló mejor la pasión humana, en cuanto confiesa de inalienable; la fatiga de andar por entre ruinas y entre fosas; el hastío de la lámpara consumida y del júbilo consumado; y, en la hora de los inciensos últimos y de las rosas postrimeras, la majestad de mirar con estoicismo "lo que huye y se aleja eternamente"? Sí; nadie más mexicano y universal. Y nadie más provinciano y más potosino.

El secreto de esa compleja alianza de sortilegios y de virtudes reposa en una base no discutible: su luminosa autenticidad. Othón no pretendió ser nunca quien era. Pero, eso sí, quiso serlo profundamente. De ahí la significación ética de su ejemplo, que excede en mucho los límites de la sola literatura.

Otro admirable poeta nuestro, Ramón López Velarde, precisó una voluntad análoga en cuatro palabras irreductibles, las que dirige a la "Suave Patria"; "sé igual y fiel". Un consejo de tan alto linaje no debe ser interpretado como la necesidad de que nos enclaustráremos en una tradición indiferente al progreso y, en cierto modo, inmune a los estragos magníficos de la vida. No seré yo quien os haga el menor elogio de las dichas momificadas y de las seguridades a bajo precio. Si intentase hacerlo, los maestros que acabo de evocar me desmentirían severamente. Pero pedir autenticidad no implica exhortar a nadie a un sometimiento en las cárceles del pasado. Se trata, exclusiva-

mente, de exigir que no consista nuestro adelanto en una mecánica imitación del adelanto de los demás, sino en una madura y consciente asimilación del progreso humano, conforme a sistemas y a normas en los cuales siempre podamos reconocernos.

A distancia —de centenaes o de millares de años— hay en el mundo civilizaciones que murieron cerradas sobre sí mismas. En ellas, como un esmalte impermeable, el tiempo ha obturado todos los poros, las grietas y las rendijas por cuyos intersticios hubieran podido escapar el perfume de una intimidad, el secreto de una experiencia, la revelación histórica de una angustia... La actualidad mexicana no aspira seguramente a tal hermetismo.

Al contrario, sabemos que la ciencia es universal, y que lo es por definición. Una ley física, una fórmula química, significan lo mismo en un laboratorio de Ceilán o en una escuela de Constantinopla; lo mismo en un colegio de Irapuato que en una cátedra de San Luis Potosí. El propósito de "nacionalizar" (o de "regionalizar") la verdad científica supone, por lo tanto, una pretensión solamente digna de los más rudos y estóridos demagogos. En efecto, proclamar que la originalidad de un país está en proporción con el espesor de las murallas que opone al saber de todos, sería tanto como decir que la autonomía de nuestra persona depende, en rigor, de nuestra ignorancia.

Sin embargo, una cosa es la universalidad de la ciencia y otra, muy diferente, la uniformidad de sentimientos e ideas que algunos piden a nuestro siglo. La verdad es universal; pero las condiciones en que la verdad se ejercita son siempre particulares e intransferibles. Incluso el deseo de favorecer la comprensión recíproca de los pueblos no da derecho para desconocer (y mucho menos para deformar) la personalidad cultural de ningún país. La luz no excluye los colores; los integra en la claridad. Y, cuando el prisma la descompone, nos los devuelve, inviolables, intactos, limpios, independientes. Así la Patria. Y así la paz.

Como he tenido ocasión de afirmarlo en otras circunstancias, dentro y fuera de México, nadie sabe en verdad por delegación. Nadie se emancipa por mimetismo. Nadie es bastante rico, ni los más ricos, para comprar un progreso auténtico. La escalera en que nos subimos no añade nada a la realidad de nuestra estatura. Sólo se agranda aquel que, en su cuerpo, crece. Y sólo el desarrollo coherente de un grupo humano constituye para él un éxito positivo.

Los pueblos —y los hombres— han de escoger entre dos caminos: o copiar las fórmulas de un desenvolvimiento artificial y, por artificial, tornadizo y vano; o desenvolverse empeñosamente, tomando cada problema desde su origen, con humildad, con valor y con rectitud. Por algo escribió Martí que "las ideas, como los árboles, han de venir de larga raíz y ser de suelo afín para que prendan y prosperen.

Importa mucho a todos, en nuestra Patria, que el fomento de la riqueza no se sustente sobre una enajenación paula-

* Discurso pronunciado en el Teatro de la Paz, al iniciarse los IV Cursos de Invierno, de la Universidad de San Luis Potosí.

tina de nuestro ser, que la cultura no sea sólo un barniz precario y que no resulte nunca el progreso ni fácil automatismo, ni apresurada simulación. El caso suele plantearse en términos perentorios. Se habla de técnica y de humanismo, como si fuesen cosas contrarias e incluso hostiles... Parece olvidarse así que lo más urgente no es precavernos contra las técnicas necesarias, sino aprenderlas —y encausarlas de acuerdo con los principios de nuestra vida, con la originalidad de nuestro carácter y con la dirección de nuestros propósitos.

En un país como el nuestro, con tantas bocas por nutrir, tantas inteligencias por educar y tantos requerimientos por satisfacer, sería insensato desdeñar el concurso de las técnicas que redimen. Pero, tan insensato como menospreciarlas, sería el hecho de confundirlas con el saber creador que les da eficacia, y admitir que (de siervas que son por naturaleza) se conviertan, de pronto, en dueñas y tiranas de nuestro espíritu.

Todo esto se reduce a reconocer que el humanismo fecundo no ha sido nunca el que niega la realidad y que las técnicas más benéficas no son tampoco las que reclaman del hombre la pretensión de sus ideales y el sacrificio de su conciencia.

Examinemos bien lo que nos ofrecen quienes ponderan el auge técnico como la única panacea para todas las desventuras. Y consideremos al mismo tiempo qué nos prometen aquellos que nos invitan a descuidar el esfuerzo técnico, en atención a quién sabe qué dolorosas renunciaciones. Los primeros —sin quererlo tal vez— pueden contribuir a la formación de nuevos y no aparentes colonialismos. Los segundos —tal vez sin imaginarlo— parecen resignarse a dejar al pobre en su desaliento, al débil en su flaqueza y al ignorante en su oscuridad.

Nadie puede eludir este gran dilema. Un pensamiento puro, pero incapaz de vencer los obstáculos exteriores, está siempre en peligro de perecer. Por otra parte, una fuerza desprovista de pensamiento no sabe lo que combate; pelea en la sombra y su triunfo es frecuentemente la imposición de un error. En la entraña de muchos dramas históricos aparece una tremenda desigualdad: la de las técnicas empleadas por los conquistadores y por los conquistados. Luchar contra esa desigualdad de las técnicas es, en resumen, una condición de libertad, una obra de justicia y una garantía de independencia.

En nuestro país, el equilibrio entre estas dos necesidades fundamentales (la del dominio técnico, para producir con mayor abundancia y en mejores condiciones, y la de un criterio moral, ilustrado y firme, para orientar semejante dominio técnico en provecho de toda la sociedad) está pidiendo insistentemente un más armónico desarrollo de la investigación científica y de la enseñanza superior. La misión suprema de toda Universidad consiste precisamente en preparar la síntesis humana —espiritual y no sólo técnica— que ha sido siempre indispensable para ese armónico desarrollo. Hace siglos afirmaba ya Rabelais que "ciencia sin conciencia no es sino ruina del alma". Y, como un eco, hace años le respondía otro ingenio célebre: "El cuerpo del hombre, agrandado por la ciencia, necesita un suplemento del alma".

He ahí, señores, el problema del mundo actual. Ese problema es también el nuestro. Porque México no debe imaginarse como una excepción singular a esta ley severa. México está necesitando también un suplemento de alma. Entre otras cosas, tendremos que pensar muy en serio por consiguiente en cómo perfeccionar nuestra vida universitaria. El primero de los riesgos que habremos de reducir es el de una centralización dogmática y excesiva. Los Estados de la República tienen, en este punto, una función que cumplir. Se impone a todos nosotros velar porque la enseñanza superior no llegue a ser —sin que la Capital lo ambicione— un patrimonio capitalino, y cuidar simultáneamente de que no se dispersen las energías y los talentos mexicanos en institutos sin buenos laboratorios, sin buenas bibliotecas y sin maestros bastantes, en número y calidad. Todo nos induce a creer en la utilidad de un plan bien elaborado, que proporcione al país un sistema merced al cual —sin congestionar las aulas de un sola ciudad— la juventud pueda distribuirse en varios institutos capaces de reunir los elementos imprescindibles para formar los "cuadros" del México de mañana.

La constitución de esos "cuadros" es asunto tan importante como la misma batalla que está librándose para dar enseñanza primaria a todos los niños de nuestro pueblo. Porque una colectividad con millones de analfabetos está expuesta a los desastres más lamentables. Pero una colectividad que no dispusiera de todos los "cuadros" de dirección para organizar y regir su vida cultural, política y económica, representaría una presa en extremo dócil y sería una víctima consagrada a múltiples infortunios.

Ahora bien, México no está sólo en la Capital. Y es un capitalino quien os lo dice. México está aquí también y en todas las Entidades de la República. Por eso aplaudo el esfuerzo de San Luis Potosí y de la Academia Potosina de Ciencias y Artes en su propósito de invitar a los profesores que residen lejos de vuestros centros de estudio a fin de que os conozcan y os traten directamente.

Respeto la devoción de vuestros guías y no ignoro el ímpetu juvenil con que os disponéis a desempeñar el papel que está reservando la historia para los hombres y las mujeres de vuestra generación. No quiero exagerar la importancia ilustrativa de estas visitas, demasiado rápidas muchas veces. Pero estoy convencido de que nos sirven mucho, a unos y a otros, para no sentirnos aislados en nuestro trabajo, presos de nuestro ambiente y esclavos de una sola especialidad. Si he de ser totalmente franco, os diré que, a mi entender, los que más disfrutamos de estos encuentros somos nosotros, los visitantes, en quienes contactos de tal categoría —por breves que nos parezcan— reaniman el sentido de una responsabilidad nacional y avivan la llama del deber patrio.

Ese es el principal valor educativo que me complazco en atribuir a las semanas que hoy iniciamos. Educativo para nosotros, los que venimos de la ciudad de México, y acaso igualmente para vosotros, que nos daís una bienvenida tan espontánea, tan halagüeña y tan digna de íntima gratitud. Educativo, en primer lugar, porque nos permite ampliar la visión a

que se acostumbra cada estudioso, dentro del perímetro urbano en que su existencia se manifiesta. Educativo también, y no en menor grado, porque nos brinda una oportunidad para reflexionar en nuestros problemas, sin restringirnos al cauce de una sola profesión o de una disciplina científica, artística o filosófica. Educativo, en fin porque nos señala el compromiso de discutir, sin ridículas arrogancias, algunos de los aspectos de la cultura de nuestro pueblo, congregando a personas de diferentes edades y de vocaciones distintas en una tarea para la cual todos debemos sentirnos contemporáneos, la de discernir la verdad de México, y en torno a una vocación que sobre todas las otras merece ser colocada: la vocación de hombres libres, responsables de su destino.

He advertido la brevedad de estas reuniones. Soy quizá, en la presente ocasión, quien más debe desplorarla, puesto que determinadas obligaciones personales no me permitirán atender algún curso durante este año, al amparo de vuestras aulas. Pero acaso sea otra vez. Y, mientras tanto, la juventud potosina estará más cerca de mis preocupaciones, más destacada en mi pensamiento... En esas horas (que todos sufren, con mayor o menor agudeza) y en las cuales se preguntan los escritores para qué escriben, vuestro recuerdo me brindará un estímulo inobjetable. He apreciado en vosotros algo que, sin lisonja, debo elogiar: una sinceridad afectuosa, una vigilancia esforzada, una esperanza enhiesta, un cordial augurio.

Cuando reconstruyo el pasado de mi generación y cuando medito acerca de los escollos que hallaréis aún sobre vuestra ruta, me siento a la vez conmovido y vigorizado. Sé que son gigantescos esos escollos, pero sé también que podréis vencerlos, si añadís a la modestia la pertinacia, la lucidez de la inteligencia al entusiasmo del carácter y la probidad de la conducta al ardimiento del corazón.

Comencé evocando la figura de un potosino que fué un gran mexicano. Permittedme concluir mencionando a un veracruzano que, por el prestigio de su obra, se instala entre las glorias de nuestra literatura, el poeta de quien celebramos el centenario el 14 de diciembre de 1954: Salvador Díaz Mirón. Pocos espíritus más exigentes, en el campo del arte, que el de aquel impetuoso —que conoció los arrebatos trágicos de la violencia. Quien castigó sin embargo con tamaña tenacidad, en el otoño de sus días, los materiales de su propio desbordamiento? Elocuente por naturaleza, se encerró en sí mismo, a partir de su crisis más honda, a luchar contra la elocuencia. Apasionado por temperamento, sus poemas más perdurables son los que nos demuestran una victoria de la belleza sobre el tumulto de la pasión. Tormentoso en las lides tribunicias (y en otras, menos dignas de remembranza) sus mejores versos marcan una tregua entre sus tormentas: la hora en que el mar, en vez de rugir contra el promontorio, se recoge y se plasma en perla.

De él son estos renglones, que contienen el mensaje de una experiencia, áspera muchas veces:

Oh, que tu alma en su prez, hijo de Apolo,
se ostente al mundo cual antorcha pía
y en la batalla de la fe y el dolo,
arda y no queme, sino alumbra sólo.

(Pasa a la pág. 31)

FEDERICO S. INCLÁN, *Hidalgo*. Colección Teatro Mexicano. México, 1953. 120 pp.

Es una obra histórica en tres actos y un epílogo. Interesante es la aportación de esta pieza al repertorio de teatro mexicano, por no escribirse casi, actualmente, obras dramáticas del género histórico en nuestro país.

Inclán es un fecundísimo autor que ha empezado a escribir hace apenas algunos años y ya tiene cerca de diez obras escritas, aunque no todas puestas en escena. De sus obras representadas es indudablemente el *Hidalgo* la más completa, tanto por su estructura como por su contenido dramático.

Esta pieza resulta interesante sobre todo por el punto de vista histórico con que el autor enfoca el personaje de Hidalgo. El apego histórico y la veracidad en la interpretación de esta figura, es notable. Inclán no es patrioter (defecto muy generalizado entre nuestros autores históricos mediocres), no quiere exaltar falsamente con su obra la figura de Hidalgo, exagerando sus cualidades y ocultando o disminuyendo cuando menos, sus defectos. Nos da una figura humana, una figura fuerte y comprensible, nos dice la verdad del héroe: nos da al héroe-hombre.

Si la pieza carece de una autenticidad dramática, ello se debe a que tiene autenticidad histórica, nada más. Ahora que puede decirse que el epílogo resulta un poco largo y fuera de lugar técnicamente; sobre todo, viniendo después de ese tercer acto que peca de estático

y verboso. Por lo demás, la obra resulta mucho mejor leída que puesta en escena.

H. M.

RAMÓN INFIESTA, *El Pensamiento Político de Martí*. Imprenta de la Universidad de la Habana. Habana, 1953. 141 pp.

El escritor cubano Ramón Infiesta, profesor de Derecho Constitucional en la Universidad de La Habana y autor de varios libros, desarrolla en esta obra el material que corresponde al curso anual de la Cátedra Martiana, creada en 1950.

En los diez capítulos (o conferencias, como los llama el autor) del libro, se gira alrededor de todos los aspectos que hacen referencia a las actividades políticas de Martí.

Sin olvidar la intención pedagógica de su estudio el profesor Infiesta aborda los siguientes temas principales: *Vigencia política de Martí*; *El concepto de la política en Martí*; *La técnica política de Martí*; *Martí, orador político*; *La literatura política en Martí*; *Martí, organizador político*; *Martí y la moral política*; *Martí y el gobernante*; *Martí y la política internacional* y, por último, *El mensaje político de Martí*.

El libro de Infiesta es, en suma, un concentrado comentario ilustrativo de una faceta ideológica de Martí, la más importante acaso, y consigue cumplir, en frases cortas y bien delineadas, su cometido fundamental.

E. L.

EL INSTITUTO NACIONAL DE CARDIOLOGIA

(Viene de la pág. 10)

cuota simbólica. Otras 14 camas, distribuidas en distintos pisos, pueden ser concedidas a enfermos que pagan media cuota. Dieciséis camas están reservadas para enfermos que pueden pagar cuotas semejantes a las de cualquier servicio particular.

El 24 por ciento de los enfermos de consulta externa están exentos de todo pago y el 62 por ciento cubre sólo una cuota simbólica que va, de dos pesos como mínimo, a cuatro pesos como máximo. Las cifras no pueden ser más elocuentes. Muestran que nueve de cada diez de los enfermos no pagan o apenas contribuyen con una cuota que no pue-

de ser un sacrificio. El resto de los enfermos se reparte en todas las categorías de cuotas reducidas y apenas si uno de cada cien enfermos paga cuota íntegra.

Esta es una situación preferente para los enfermos de recursos humildes.

* a *

Al apagarse le última luz en el tablero que contiene los médicos en trabajo clínico público, no ha terminado aún la labor de estudio e investigación del Instituto Nacional de Cardiología, aunque así lo crea el último enfermo atendido ese día que se aleja aliviado por una esperanza de

CARTA DE ESTADOS UNIDOS

Por Angel FLORES

EN mis viajes por el extranjero a veces me preguntan qué cosas han publicado los "escritores jóvenes" de los Estados Unidos recientemente, refiriéndose, ¡madre santa!, a tales jóvenes como Hemingway, Faulkner, Caldwell, y a criaturas totalmente clásicas, cuyas estatuas van poblando ya los centros más ortodoxamente académicos de nuestras comunidades. Sus obras se estudian hasta en las escuelas nocturnas, y algunas de ellas han llegado a reemplazar en los programas escolares de lecturas hasta a *El último de los mohicanos* y a *Evangelina*.

Esos no son los jóvenes (où sont les neiges d'antan?... divino tesoro, ya..., etc., etc.): Los jóvenes, los verdaderos jóvenes, son tantos y tan magníficos que constituyen una fuerza avasalladora, difícil de definir. Sólo la atrevidísima palabra RENACIMIENTO podría captar cabalmente lo que está ocurriendo a estas horas en los Estados Unidos.

Pues sí, parece que un buen día se le ocurrió a alguien (loco de remate, quizá), la peregrina idea de poner en libritos de bolsillo, de esos en rústica, de a peseta, de los que circulan por ahí con el nombre genérico y epiceno de "pingüinos", no literatura barata, no novela policíaca, no Noches de Hollywood..., sino, ¡Oh, audacia!, cuentos BUENOS de vanguardia: ¡A ver qué pasaba! Y ¿saben lo que pasó? Que ese pobre público tan abusiva y sempiternamente acusado de analfabeta, ignorante, filisteo, plebeyo, cotidiano, etc., picó la carnada. Ediciones enormes de 300,000 ejemplares, de medio millón, se venden como pan caliente en boticas, en lobbies, en kioscos, en andenes... De la noche a la mañana aparecen nuevas series en competencia encarnizada, cada vez más novedosas, mucho mejores, con el título de *discovery*, *new world writing*, *new voices* (y casi siempre los nombres en minúsculas). Todas estas series fueron, son y siguen siendo magníficas antologías de versos, de crítica y especialmente de cuentos nuevos,

sin aquellas manoseadas fórmulas de las revistas y las películas de Hollywood, sin happy ending, sin swin or die... Y este estímulo constante, esta admirable competencia, hace que el público lea cada vez más y, lo más milagroso de todo, ¡que los autores sean debidamente remunerados! De tarde en tarde, entre uno que otro escritor extranjero que por ahí se cuele, se lee un nombre conocido para nosotros: Jorge Luis Borges, José Suárez Carreño (Ojo, hijos de Cuauthémoc: ¡qué naveguen por esas aguas los Arreola, los Rulfo!...).

En fin, gracias a esas publicaciones se destacan hoy, entre cien más, William Goyen, Marguerite Young, Gore Vidal, Hortense Calisher, Elizabeth Pollet y ese tremendo negro que se llama James Baldwin... He ahí la nueva novelística. En poesía probablemente haya menos: El mejor de todos, el Neruda inglés Dylan Thomas, acaba de morir prematuramente en Nueva York. La crítica literaria también está bastante fuerte: hay un magnífico *Balzac y la novela* de Samuel Rogers; un breve y enjundioso *Sartre: realista romántico* de Iris Murdoch; bocetos apasionantes de Martin Turnell (sobre *Baudelaire*), de F. W. J. Hemmings (sobre *Zola*), de Wallace Fowle (sobre *Mallarmé*), de W. Ramsey (sobre *Jules Laforgue y la herencia irónica*). Es curioso que la atención crítica se haya concentrado en lo francés del siglo XIX (con excepción, claro está, de Sartre, que pertenece a la edad de piedra).

De nuestro mundo ibérico se dió a conocer en traducción inglesa a *El primo Basilio* de Eça de Queiroz y *El tormento* de Pérez Galdós. De los jóvenes sólo los de Castilla: el Camilo José Cela de *La colmena* y el José Suárez Carreño de *Las últimas horas*. Y, noticia de última hora, la UNESCO dedica su platita a sacar en versión inglesa la novela clásica de Santo Domingo: ese mamotreto pseudohistórico (puro opio), titulado *Enriquillo*.

curación y restablecimiento.

Los murales de Diego Rivera que adornan las paredes del Instituto simbolizan a todos los genios de la Cardiología de épocas pasadas. Ellos son los únicos testigos que quedan en las noches de vigilancia en los laboratorios o de guardia por

las salas de Hospital. Más de un médico, al cruzar por enfrente de ellos, mientras el silencio trágico del Hospital lo envuelve, habrá recordado aquella frase: "Nosotros vemos más lejos que nuestros padres porque estamos montados en sus hombros".

LA PROVINCIA, YACIMIENTO DE CULTURA

(Viene de la pág. 23)

Confiemos en que la juventud de México sepa alumbrar así, como la antorcha del símbolo mironiano.

Acaso en ocasiones, jóvenes potosinos, os deprima la duda y el espectáculo de las dificultades cercanas os incline al escepticismo. Entonces, pensad en vuestros

hermanos. México está lleno de jóvenes dispuestos a afrontar las pruebas del porvenir. Los que marchamos hacia el ocaso vemos crecer las sombras en torno nuestro. Pero vosotros, tenéis la aurora. ¡No hay capitana más venturosa! Porque creedme: nadie ha recibido nunca mejor consejo que el que nos dicta, en el amanecer de la vida, la juventud.

Que ese consejo realice nuestros anhelos. Que, entre el egoísmo que debilita y la solidaridad que instruye y que robustece, sepáis elegir libremente la solución que —por humana y por generosa— haga bien a México. Esa, y ninguna otra, asegurará vuestra dicha. Esa y ninguna otra, justificará vuestro esfuerzo. Esa, y ninguna otra, afirmará vuestro honor.